

Conflictos de identidades y política internacional

Libros

Gilberto Aranda Bustamante y Sergio Salinas Cañas, RIL Editores, Santiago, 2005, 324 páginas

El objetivo de este libro es examinar algunos de los nuevos conflictos que han emergido en el escenario internacional post Guerra Fría. Lo primero que conviene precisar es en qué sentido pueden catalogarse de nuevos estos conflictos cuyo origen es posible rastrear en un pasado bastante remoto, en todos los casos aquí analizados. Lo nuevo de ellos no reside, pues, en la variable temporal sino en la notoriedad e importancia que han alcanzado en nuestro mundo globalizado, supuestamente más integrado y pacífico, esta serie de conflictos cuya raíz común es la búsqueda del reconocimiento de sus diferencias particulares. La gran mayoría de ellos no han sido interestatales, sino que se han desatado al interior de los estados. Al respecto son ilustrativas las cifras proporcionadas por el Instituto de Investigación para la Paz de Estocolmo. De los 101 conflictos armados ocurridos entre 1989 y 1996, solo 6 fueron interestatales, y los 95 restantes se produjeron dentro de los Estados (p. 35).

El fin de la Guerra Fría es un punto de referencia aludido en todos los estudios contenidos en este volumen. Sin duda, ese acontecimiento constituye uno de los momentos más culminantes del siglo XX, al que le pone término anticipadamente de acuerdo a la sugerente

postulación del historiador británico Eric Hobsbawn. Cuando en 1994, este autor publicó su Historia del Siglo XX tituló su versión original *Extremes. The Short Twentieth Century 1914-1991*. En este libro Hobsbawn argumentaba que el siglo XX abarcaba los años transcurridos desde el estallido de la primera guerra mundial hasta el hundimiento de la URSS. Para él, era «indudable que en los años finales de la historia del mundo para comenzar otra nueva».

La idea del «Siglo corto» permite destacar elocuentemente la importancia de los sucesos de 1989-1991 que pusieron fin al orden bipolar que caracterizó la política internacional de la postguerra. La estructura bipolar consistía en la división del mundo en dos grandes bloques, cada uno de ellos liderado por un polo hegemónico, y que representaban sistemas políticos y económicos contrapuestos. Las ideologías que sustentaban unos y otros constituyeron un significativo ingrediente cohesionador al interior de ambos bloques, ya que ellas proporcionaban un repertorio de creencias en principios y valores por los que valía la pena luchar. Además, proporcionaban a sus adherentes un cierto sentido de la identidad y de pertenencia a un colectivo, algo que psicológicamente los individuos necesitaban para desarrollar y orientar sus vidas.

Es por esto que 1989 debe ser considerado un año clave en la historia contemporánea. La caída del Muro de Berlín fue un hecho real, pero dotado de un alto contenido simbólico, ya que representó el fin de la división de Alemania, el fin de la división de Europa y el fin de la estructura bipolar del mundo de la postguerra. Y también simbolizó, como poco antes de esos sucesos lo había anunciado Francis Fukuyama, el fin de la lucha ideológica que durante tantas décadas había dividido al mundo. Uno de los modelos ideológicos se desmoronaba, víctima de sus propios errores. Más que una victoria de su rival, lo acontecido constituía una autoderrota que representaba el fracaso práctico de esa ideología. A la caída de los llamados «socialismos reales» en Europa Central y Oriental en 1989, siguió la disolución de la Unión Soviética 1991. El Presidente Bush padre proclamó entonces el advenimiento de un Nuevo Orden Mundial, mientras el proceso de globalización adquiriría un inusitado impulso. Bajo la «benigna» hegemonía de Estados Unidos, el planeta entero parecía avanzar aceleradamente hacia una homogenización de valores, aspiraciones y hasta hábitos de consumo compartidos.

Adicionalmente, el triunfalismo liberal de comienzos de la década de 1990 sugería que el mundo se encaminaba hacia una nueva era de paz en la que ya no habría lugar para los tradicionales conflictos que habían enfrentado a los hombres. La Guerra del Golfo de 1991, sin embargo, planteaba un temprano desmentido a tales augurios. No obstante, todavía era posible replicar que en la medida en que continuaran expandiéndose en el mundo la democracia liberal y el libre mercado se accedería finalmente a la «paz perpetua» imaginada por Kant a fines del Siglo XVIII.

Pero lo que ninguna de estas visiones tomó en consideración fueron las variables culturales que en 1993 Samuel Huntington planteó como las principales causas de los conflictos del futuro. Por cierto, entre dichas variables culturales se halla la variable identitaria, que es en la que se centran, desde diversas perspectivas los estudios y reflexiones contenidos en el presente libro.

Según argumentaban los autores en la Introducción, actualmente estaríamos ante una «crisis de identidad social» (p. 29), como consecuencia de la declinación, tras el fin de la Guerra Fría, de las identidades culturales de clase y nación. A ellas había que agregar, por las razones ya señaladas, la pérdida de la identidad ideológica. Esta situación impulsa a la búsqueda de una nueva identidad, y la respuesta más inmediata a esta búsqueda ha sido el surgimiento de paradigmas de identificación colectiva relacionados con movimientos sociales que luchan por el reconocimiento de sus diferencias culturales, principalmente de carácter étnico y religioso, que se habían mantenido latentes mientras duró el orden impuesto por las grandes potencias. Por cierto, como se analiza en varios capítulos de este libro, dichas diferencias existían desde siglos, pero durante el período de la Guerra Fría quedaron subsumidas en el fragor de la lucha ideológica, principal fuente de identidad en esos años. El actual desdibujamiento y debilitamiento de las ideologías ha hecho posible que afloren ahora esas diferencias silenciadas o minorizadas, por ser consideradas, como lo señala Sergio Salinas en su artículo, expresiones de una «modernización incompleta», o simplemente premodernas (p. 298).

Ciertamente, en la década de 1990 se ha iniciado una gran transición histórica, y como sucede en los períodos de transición, existe confusión y contradicciones. Se abandonan los paradigmas de la época anterior, pero aún no se encuentran los que puedan

sustituirlos. De ninguna manera la globalización podría ser considerada un paradigma. Es la tendencia dominante en amplios sectores del mundo, pero no en todos, ya que hay también amplias regiones no incorporadas a este proceso, algunas porque no pueden hacerlo, y otras porque militantemente no quieren. Por lo tanto, la primera contradicción que enfrenta la globalización es que ella no es global. Pero hay varias otras.

La globalización supone integración y homogenización: Sin embargo, lo que presenciamos en muchos lugares son tendencias crecientes a la fragmentación y la diversificación, que se manifiestan en la búsqueda de reafirmar identidades culturales de rai-gambre nacionalista o religiosa. Pero aun este primer criterio divisionista es, a su vez, susceptible de más acotadas subdivisiones. Es lo que consigna Isaac Caro al comienzo de su artículo sobre el conflicto de las entidades judías y sionistas, al precisar que «la identidad cultural, más que en términos de cultura compartida, como una experiencia histórica común y como una unidad, debe ser concebida en términos de discrepancias, rupturas y continuidades». (p. 75) Caro avala su tesis apoyándose en el concepto de «diáspora» cuyo sentido original se refiere a la dispersión del pueblo judío, pero que también puede ser utilizado analógicamente para ilustrar la heterogeneidad interna del mundo judío que abarca desde quienes buscan la fusión de la religión y la nacionalidad y que aspiran restaurar tanto la vida política, como la religión judía, y que piensan que política y religión son lo mismo (p. 79), hasta los ultra ortodoxos que creen que los judíos tienen prohibido tener su propio Estado antes de la llegada del Mesías.

Algo similar es lo que muestra José Angel Ruiz en su análisis de la evolución del nacionalismo vasco en su conflicto contra el gobierno central de España, en el que la divergencia de tácticas y estrategias provoca conflictos internos que ponen en evidencia otros niveles de fragmentación y diversidad.

Zvonimir Martinico, por su parte, analiza los factores históricos, políticos y económicos que inciden en la crisis que condujo a la desintegración de Yugoslavia, que llegó a ser considerada la federación multinacional más exitosa, pero que no pudo subsistir como tal tras la muerte de Tito, el Constructor de una unidad política integrada por diversas nacionalidades que, liberadas de su dominio, pugnaron por recuperar su propia identidad colectiva. El na-

cionalismo exacerbado que se manifestó durante la guerra de los Balcanes constituye un factor de inestabilidad aún no superado.

Para Luis Farías, también el factor identitario es la causa principal del conflicto de Chechenia, que el autor considera de difícil solución dada la intrasigencia de los actores involucrados.

Sergio Salinas estudia el conflicto mapuche ubicándolo en el contexto de los movimientos indígenas de América Latina. Salinas constata que la falta de reconocimiento al pueblo mapuche, como ocurre en otros lugares de la región, va reorientando su discurso desde la demanda cultural a la de nación, y desde la demanda de tierras a la territorial.

Ferrán Cabrero explica el conflicto de Chiapas, enfatizando el rol que en él juegan los valores culturales de las partes comprometidas. Cabrero argumenta que la pobreza, la desigualdad social y la exclusión política, si bien constituyen poderosos detonantes de revueltas, no bastan para entender el levantamiento zapatista. En este caso, es preciso añadir la variable cultural de un pueblo que ancestralmente respeta la diversidad y tiende a ver las relaciones sociales como un acto recíproco de dar y recibir que forma parte indisociable del ciclo cósmico y sagrado de la vida, según ellos conciben (p. 289). Inevitablemente, esta cosmovisión tiende a chocar con el modelo globalizador occidental que, a sus ojos, no respeta la autonomía de los otros y pretende convertir a todos a su imagen y semejanza (p. 295).

Esta visión, ampliamente compartida desde diversas perspectivas, puede ser contrastada, sin embargo con la visión que de sí mismos tienen influyentes actores de la política estadounidense que se autoasignan una función mesiánica que legitima sus acciones. El estudio de Gilberto Aranda sobre el puritanismo y radicalismo religiosos en Estados Unidos constituye, en este sentido, un interesante aporte para entender el desenvolvimiento de la política internacional de comienzos de siglo.

Aranda parte destacando las raíces calvinistas fundacionales que animan a los «padres peregrinos», los primeros colonizadores, que configuran desde sus inicios la autopercepción mesiánica estadounidense contenida en la imagen de un pueblo elegido para el cumplimiento de una misión divina, que tiene la obligación de realizar, sometiendo a su ley, a los no elegidos. Este convencimiento ancestral, de inspiración originalmente religiosa, encontra-

rá su expresión civil en la doctrina del «Destino Manifiesto», que guiará en la práctica la acción de personajes tan disímiles como, por ejemplo, el Presidente Woodrow Wilson y el Senador McCarthy. Wilson creía firmemente en el papel redentor de Estados Unidos. Como escribe Aranda, «la dimensión mesiánica de su misión constituía una fuente de legitimación para sus intervenciones en América Latina, así como para la lucha armada contra las potencias centrales durante la Primera Guerra Mundial, rotuladas como guerras justas. Para Wilson, Estados Unidos era un pueblo designado por Dios para regenerar al mundo mediante la expansión de sus valores e instituciones, particularmente, la libertad ínsita en la democracia liberal» (p. 51). Los mismos principios, sin embargo, servirán en la década de 1950 a McCarthy para justificar la caza de brujas contra los «comunistas ateos» infiltrados en la sociedad norteamericana.

Desde esta perspectiva, es posible sostener que, aunque a veces soterradamente, el fundamento religioso inspiró y fortaleció la política exterior estadounidense durante el período de la Guerra Fría en su lucha contra el comunismo, que apareció así justificada como una cruzada religiosa contra el ateísmo del enemigo (p. 61).

Actualmente, la tradición calvinista puritana tradicional encuentra una renovada expresión en la política exterior del Presidente Bush y su lucha contra el Eje del Mal, una imagen notable que sirve para justificar cualquier acción: al mal hay que combatirlo siempre, no solo en el ámbito religioso, sino también en el político.

En síntesis, el presente libro no solo proporciona valiosa información acerca de las causas y la evolución de varios conflictos recientes, sino que invita a reflexionar acerca de las complejidades de la política internacional contemporánea.

Carlos E. Miranda
Instituto de Asuntos Públicos
Universidad de Chile